

Silvio Mattoni*

HISTORIA NATURAL

I

Era el fin de semana, me acostaba tarde y en la noche un chillido sonaba encima, arriba. ¿Qué podía ser? Seguimos escuchándolo al otro día. ¿Un pájaro, un murciélago, el viejo emblema de la ambición desmedida? Después de todo, no era más que una rata alada. En la segunda noche debí admitir que era un gatito, acaso tan pequeño que su tórax de mamífero abandonado no llegaba a hacer resonar el llanto. ¿Iba a morir sin que yo hiciera nada? Con desgano, había subido al techo, no veía ningún hueco que explicara la innegable presencia del animal sobre el cielorraso de la habitación. Dormí solo, ella no podía aguantar aquel quejido intermitente y que me daba sobresaltos con cada interrupción. ¿Estaría muerto ya? Un maullido agudo, como de lucha del ínfimo felino con la sombra implacable, me despierta y respiro aliviado cruelmente porque aún

* Poeta y ensayista, nacido en Córdoba. Autor de una extensa obra en esos géneros y traductor de Henri Michaux, Georges Bataille, Francis Ponge, Catulo, Marguerite Duras, Diderot, Cesare Pavese, entre muchos otros. Correo electrónico: silviomattoni@yahoo.com.ar.

Gramma, XXVI, 54 (2015), pp. 30-32.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

eso allá arriba estaba vivo. Era difícil
sostenerse impasible, los filósofos
se aplican ellos mismos la tortura
de cuidarse. Entre dormido y soñando,
pero como si anotara la frase, oí
la voz de uno, rockero, que inducía:
«aprendé a ser duro niño-esposo», y yo
me negaba a volverme lo que era:
un disciplinador de animales y niñas.
Finalmente, vino un tipo más real,
con herramientas, que levantó el techo
de cinc y encontró al gato:
un color leonado y una cara flaca
que desmentía su especie, los ojos
me miraban, celestes, ¿me decían
que era pura vanidad abandonarse
a la creencia de que entre uno y otro
no había más que indiferencia? ¿Cómo
había llegado ahí y había sobrevivido
dos noches solo, sin comer, un lactante
como el que todos fuimos? Desatendí
el llamado, postergué el rescate, pero
al fin te vi, te buscamos un exilio
más dichoso. Apenas el contacto de la piel
calmaba tu graznido de pájaro con pelo.
Antes, al escucharte dos noches en un sueño
entrecortado, sentí ya el chorro
de algo que se niega a darse por muerto
y entre la sombra indiferente brota
hacia el sueño aún caliente de otras vidas.
Desde tu pesadilla abandonada, gatito, viniste
y otra vez me di cuenta de que somos
un mismo hilo de espasmos en lo oscuro
donde cazamos, copulamos y buscamos
hasta el último día lo que no tenemos.

II

Cuando mis hijas se levantan, saludan
con alegría al gato, que dormía

en un exceso de profundidad.
Abría los ojos apenas, se acurrucaba
en la falda de Angelina (4 años):
«Nunca lo olvidaré, cuando sea grande,
al gatito», me dijo mirándome
como un oráculo del pánico.
Traté de darle leche, de ver si podía
caminar. A la siesta, mientras ellas
estaban en la escuela, adiviné
sin quererlo aceptar la vanidad
de cualquier esfuerzo. Cabías, dios
egipcio y diminuto, en la palma
de mi mano. Pero habías dejado
de quejarte. Te apagabas. Tu pelo
flamífero se iba a extinguir.
Tras dos noches de llanto sin descanso,
viste la luz del día, sentiste
que las escasas gotas de piedad
humana no te alcanzarían y entonces
te hundiste solo y silencioso adentro
de la laguna fría. Una llamada
a la veterinaria nos informa
que unos 15 centímetros de gato
y unos pocos gramos habían muerto
por hipotermia. Todavía me duele
la idea fantasmal de no haberte dado
una bienvenida un poco más cálida.
La vida que tuviste: unas semanas
de leche y abrigo, dos noches negras
y encerradas, cinco días de saberse
en camino a la muerte. Y exagero
una conciencia en vos, porque ningún
otro animal que yo podría preguntarse
si valió la pena que nacieras y enseguida
contestar con la frase: «nunca
te olvidarán, gatito alado, efímero».